

PodLectio
31/03/2025

Meditación de fray Massimo Luca, Studium Biblicum Franciscanum
(Lunes de la IV semana – Jn 4,43-54)

Que el Señor os dé la paz. Soy el hermano Massimo Luca, del Studium Biblicum franciscano, convento de la Flagelación, en Jerusalén.

Jesús cierra el primer ciclo de sus viajes entre Galilea y Judea regresando a Caná después de subir a Jerusalén para la fiesta de la Pascua (Jn 2,13).

El ciclo comienza con la transformación del agua en vino en las bodas de Caná (Jn 2,1-11) y termina en Caná con la curación lejana del hijo del funcionario real.

El primer signo constituye el comienzo de la revelación divina del Mesías.

El signo anticipa simbólicamente la "hora" de la manifestación suprema de la realeza divina de Jesús con la cruz y la resurrección. Incluso la curación del hijo del funcionario real se presenta como una señal, un acontecimiento que también manifiesta su gloria divina. En ambos casos, los signos producen fe: la de los discípulos presentes en las bodas, la del padre y toda la familia del funcionario, que son paganos.

Al encontrarse con Jesús, el funcionario real le dice: "Señor, baja antes de que muera mi hijo".

El evangelista utiliza παιδίον (paidion) una palabra griega que significa "hijo" y también "siervo, esclavo". El poderoso padre oficial real confiesa su impotencia y pide curación al niño llamado hijo-servidor. El padre habla según la costumbre cultural de la época: el hijo era relegado a un sirviente, un sirviente que se convertiría en "hijo" al llegar a la edad adulta. Antes de la edad adulta, el "hijo" no gozaba de ninguna consideración.

Jesús le dice al padre del niño: «Ponte en camino, tu hijo vive» usando en su lugar υἱός (huiòs) que significa sólo "hijo". La elección de los términos pone de relieve un primer contraste sobre la identidad del niño. Igualmente pone en evidencia la comprensión cultural del padre y la de Jesús. pues, Jesús no habla de curación, sino de vida: Jesús da vida al niño y le recuerda al padre que el niño es su hijo, no el hijo sirviente.

Jesús no necesita bajar a Capernaum. Comunica la vida con su palabra, que es creativa (1,3) así como Dios creó el mundo. Su palabra no se circunscribe a un solo lugar, puede llegar -y llega- a cualquier parte. Jesús da la vida al enfermo, sin exigir condiciones ni reciprocidad, porque la vida del niño interesa a Jesús tanto como la de su padre. La vida que comunica al niño enfermo no es una mera restauración de la salud o la continuación de la vida recibida del padre, sino más bien una vida de nueva calidad, la vida definitiva. Jesús comunica su vida al niño, lo libera de todo factor de muerte y esclavitud y le permite permanecer libre de aquello que le impedía vivir. La nueva vida lo libera de ser un siervo y libre de condicionamientos sociales.

Ésta es la señal realizada por Jesús, da vida que incluye la curación física y la libertad del condicionamiento cultural. La palabra de Jesús también nos muestra y confirma, que él es el único libertador y salvador del hombre en todas sus dimensiones: cada factor de la muerte, de la opresión al condicionamiento social, de la enfermedad a la muerte física. Jesús le dice al funcionario que se ponga en camino y verificar la realidad de lo que dijo.

Con su invitación ella lo pone a prueba, a ver si renuncia a sus ganas de ver señales espectaculares. Si el funcionario acepta la invitación, si confía en Jesús, verá a su hijo salir de la situación de muerte para volver a la vida.

También nosotros estamos invitados a emprender el camino, ese camino cuaresmal que nos ayuda a ser humildes y pequeños. En este camino estamos constantemente invitados a confiar en la palabra de Jesús quien quiere darnos su vida junto con la libertad del condicionamiento, el pecado y la muerte. Cuando nuestra fe flaquea porque somos probado por mil distracciones o cuando nos sentimos en dificultad o en peligro, hagamos como el oficial real, y tratemos de confiar y apoyarnos en Jesús, el único salvador del mundo.

Que el Señor os dé la paz.